

—Y principalmente,—dijo interviniendo el capitán, que había permanecido callado todo este rato.—Ved lo que hay, Vladimir Seminovitch, imaginaos un hombre como yo, por ejemplo, que sirve durante veinte años y recibe desde luego doscientos rublos de sueldo, y más tarde trescientos, bien debe tener á lo menos un pedazo de pan para su vejez...

—Y además,—repuso el capitán ayudante;—no os privaréis de jugar, y luego vivid siempre aquí, y servid...

Volodia quedó descontento de haber hablado sin reflexionar, murmuró cualquier cosa y callado escuchó á Diadenko, que con todo su fuego empezó á discutir y á *probar* la proposición contraria.

La discusión fué interrumpida por la llegada del asistente del coronel, llamándoles á comer.

—Decidle á Apollón Sergueitch que nos dé vino hoy,—dijo Tchernovitzki abrochándose y dirigiéndose al capitán.—Por qué es tan avaro? También morirá y nadie se aprovechará de lo suyo.

—Oh! no, decídselo vos mismo.

—No, no, vos sois el más antiguo, él en todo es ordenancista.

XVIII

La mesa, apartada un poco del muro, estaba cubierta con un mantel bastante sucio y en la misma sala en donde el día anterior Volodia se había presentado al coronel; en esta ocasión, el comandante de la batería le tendió la mano y le interrogó acerca de San Petersburgo y sobre su viaje.

—Y bien, señores, quién quiere aguardiente? Acercaos. Los abanderados no pueden beber...—exclamó sonriendo.

En general, el comandante de la batería parecía en aquellos momentos menos severo que el día anterior, pues tenía hoy todo el aire de un amable anfitrión y de un viejo camarada de sus oficiales; pero á pesar de esto todos los oficiales, desde el viejo capitán Krant, al abanderado Diadenko, á la sazón muy bien puesto, todos miraban con timidez al comandante y por el cuidado que po-

nían al acercarse uno tras otro á la mesa para beber el aguardiente le daban testimonio de su gran respeto.

La comida se componía de una copiosa sopa de coles en la cual nadaban algunos pedacitos de grasa de buey, una enorme cantidad de pimienta y de hojas de laurel; luego asado á la polonesa con mostaza y berengenas con manteca no muy fresca. No había servilletas y los platos eran de estaño unos y de boj otros. No había más que dos vasos y encima de la mesa destacábase una botella de agua, de cuello muy alto. La comida fué alegre y la conversación no languideció un momento. Desde luego hablóse de la batalla de Inkerman, en la que había tomado parte la batería; cada uno contaba sus impresiones y las consideraciones que le merecía el fracaso, y siempre que el comandante tomaba la palabra producíase instantáneamente el silencio. Luego la conversación pasó naturalmente á tratar de la insuficiencia de calibre de los cañones perfeccionados, y en esto Volodia se expresó muy bien al mostrar sus conocimientos sobre artillería. Mas en la conversación no se tocó ni de lejos ni de cerca la terrible y actual situación de Sebastopol, parecía como si cada uno de ellos tuviera miedo de iniciarla. Lo mismo sucedió con respecto á los deberes del servicio de Volodia. Con extrañeza y á su pesar nadie tocó esta cuestión, como si él hubiese ido solamente á Sebastopol para hablar de los cañones perfeccionados y comer en la mesa del comandante de la batería. Durante la comida cayó una bomba no muy lejos del aposento donde estaban. Los techos y las paredes fueron sacudidos como por un terremoto y la ventana se cubrió toda con el humo de la pólvora.

—Creo que no habréis visto nada de esto en San Petersburgo? Aquí tenemos á cada momento estas sorpresas,—dijo el comandante de la batería dirigiéndose á Volodia.

—Vlang, ved dónde ha estallado.

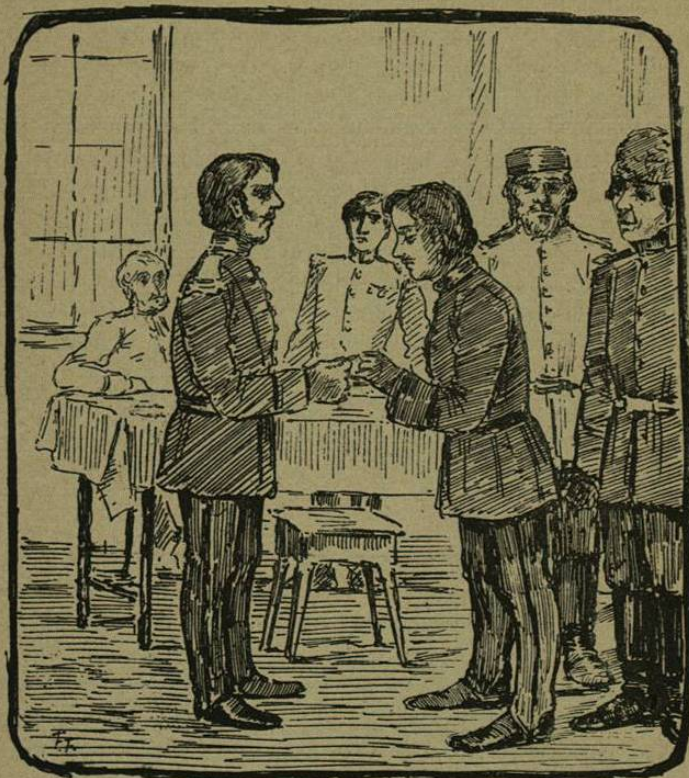
Vlang salió y al volver dijo que había estallado en tierra, y ya no se habló más de ello.

Antes de terminarse la comida, un pequeño anciano, el escribiente de la batería, entró en la sala con tres sobres sellados que entregó al comandante. «Este es muy urgente, lo ha traído un cosaco de parte del general de artillería». Todos los oficiales con impaciente atención miraban al comandante que, con experta mano rompió el sobre y sacó de dentro un papel *muy urgente*. Qué podrá ser? preguntóse cada uno. La retirada de Sebastopol, el descanso ó la orden para toda la batería de marchar al bastión?

—Aun!—exclamó el comandante tirando con cólera el papel sobre la mesa.

—Qué hay, Apollón Sergueitch?—preguntó el más antiguo.

—Me piden un oficial y todo el servicio para una batería de morteros y yo sólo tengo aquí cuatro oficiales y el servicio para las líneas no está completo. Y aun me piden más! De todos modos, señores, es necesario que alguno vaya,—murmuró el comandante



después de un rato de silencio.—Hay que estar allí á las siete. Llamad al sargento mayor! Quién irá, señores? Arreglaos vosotros...

—Que vaya éste, pues aun no ha ido á ninguna parte,—dijo Tchernovitzki designando á Volodia.

—Es verdad, yo iré voluntariamente,—contestó Volodia, al

mismo tiempo que un sudor frío corría por su cuerpo é invadía su corazón.

—No, para qué?—interrumpió el capitán.—Sin duda que nadie lo rehusará, pero proponerse uno mismo es inútil y si Apollón Sergueitch nos deja elegir á nosotros, entonces que se haga á la suerte, como se ha hecho otras veces.

Todos lo aceptaron. Krant cortó papeles, los arrolló y los metió dentro de un gorro. El capitán se atrevió, chanceándose, á pedir vino al coronel, «para tomar valor», como él decía.

Diadenco se quedó sentado y muy sombrío; Volodia sonreíase como atontado; Tchernovitzki afirmaba que la suerte recaería seguramente en él; Krant era el único que se mantenía del todo sereno.

Dejaron á Volodia ser el primero en sacar la suerte; iba á tomar uno de los papeles, el más largo, pero inmediatamente cambió de parecer y cogió el más pequeño y delgado y abriéndolo leyó: «Irás».

—A mí me toca,—dijo suspirando.

—Y bien, id y que Dios os acompañe! Ya lo veis, os vais á acostumbrar al fuego desde el primer día,—dijo el comandante con bondadosa sonrisa y contemplando el semblante todo confuso del joven abanderado.—Solamente os recomiendo que os preparéis con diligencia; y, para que os sea más grato el servicio, Vlang irá con vos como polvorista.

XIX

Vlang se puso muy contento con su nueva misión. Corrió vivamente á prepararse y ya del todo vestido, fuése á ayudar á Volodia, á quien encargó que se llevase una cama de campo, una manta y algunos números atrasados de la revista *Los Anales de la Patria*, una lámpara de alcohol y otros objetos inútiles. El capitán aconsejó á Volodia que repasara desde luego en el Manual el tiro de mortero y tomara enseguida la copia de las tablas. Volodia púsose con toda su alma al trabajo y entre admirado y alegre observó que el sentimiento de miedo al peligro era en él menor que el de pasar por

cobarde y aunque ambos sentimientos le inquietaban un poco, eran menos agudos que el día anterior. La causa consistía en la influencia de la luz del día y de la actividad por una parte y por otra era también que el miedo, como todo sentimiento muy vivo, no puede sentirse durante mucho tiempo en el mismo grado.

Cerca ya las siete, cuando el sol se ocultaba tras el cuartel de Nicolás, el sargento mayor entró diciéndole que los hombres estaban ya preparados y esperando.

—He entregado la lista á Vlang; Vuestra Nobleza,—dijo.

Veinte soldados de artillería, la espada al cinto, estaban formados en la esquina de la casa. Volodia, con el *junker*, acercóse á ellos. «Les haré un corto discurso ó les diré simplemente: Buenas noches, muchachos! ó no les diré una sola palabra?», pensaba Volodia. «Y por qué no decirles: Buenas noches, muchachos? Sí, esto será lo mejor». Y con ardimiento les gritó con su voz dulce y sonora: «Buenas noches, muchachos!» Los soldados respondieron muy alegres. Su voz fresca y juvenil resonó agradablemente en los oídos de cada uno. Volodia marchaba bravamente delante de los soldados y aunque su corazón latía como si acabase de hacer una carrera de muchas verstas, su andar era ligero y su cara satisfecha. Cerca ya del mamelón de Malakov y subiendo la colina, fijóse en que Vlang, que no se separaba de él ni la distancia de sus zapatos, si bien muy valiente en casa, se bajaba é inclinaba sin cesar la cabeza como si todas las bombas y balas que silbaban con frecuencia fuesen derechas á él. Algunos de los soldados hacían lo mismo y en general en todos los rostros se expresaba, si no el miedo, á lo menos la inquietud. Esto tranquilizó del todo á Volodia, dándole más valor y ardimiento.

«He aquí, ya estoy en el mamelón de Malakov que yo me imaginaba mil veces más terrible de lo que es, y ando por él sin saludar á las balas y tengo mucho menos miedo que los demás! Entonces, no seré un cobarde», pensaba con placer y con cierto entusiasmo y satisfacción de sí mismo.

Pero este sentimiento quedó del todo quebrantado por un espectáculo que presenció, al oscurecer del todo, en la batería de Kornilof mientras iba en busca del jefe del bastión. Cuatro marineros, detrás del parapeto, tenían cogido por las piernas y los brazos el cadáver ensangrentado de un hombre descalzo y sin capote y lo balanceaban con la intención de lanzarlo por encima del murallón. Dos días después del bombardeo aun no había podido procederse á levantar todos los cadáveres y ahora los echaban al foso para que no entorpecieran en la batería. Vo-

lodia quedóse un momento petrificado al ver cómo el cadáver, dando en la cumbre del parapeto, rodó hasta el foso; mas para su bien, encontró allí mismo al jefe del bastión, el cual dióle sus órdenes y un guía para conducirlo á la batería y al blindaje reservado á los servidores.

No relataremos los demás peligros y decepciones sufridas durante aquella misma noche por nuestro héroe. En vez de encontrarse allí con el tiro que él había practicado en el campo de Volkovo, con todas las condiciones de precisión y de orden, encontróse con sólo dos morteros en mal estado, pues uno tenía el alma destrozada y el otro descansaba sobre una plataforma destruída. No relataremos cómo hasta por la mañana no pudo obtener los obreros necesarios para proceder á su reparación, ni que alguna de las cargas no tenía el peso indicado en el Manual, ni cómo fueron heridos dos soldados del destacamento, ni cómo él mismo estuvo veinte veces á un dedo de la muerte. Suerte que le designaron como jefe de pieza á un marino de una talla enorme, que desde el principio del sitio siempre había estado al pie del mortero, y le convenció de que aun podía tirarse con él; después le condujo, con una linterna, ya oscurecida, á través del bastión como si fuera á través de un jardín y le prometió tenerlo todo arreglado para el día siguiente. El blindaje á donde le condujo su guía estaba apartado cosa de dos *sagenas* de la batería y protegido por vigas de roble de un grueso regular; allí se alojó Volodia con todos sus soldados.

Vlang así que percibió una pequeña puerta que daba fuera del blindaje, se fué corriendo á ella dejándose caer sobre el suelo pedregoso, instalándose luego en un pequeño patio del que ya no volvió á salir más. Cuando todos los soldados se hubieron instalado á lo largo de los muros, tendidos en el suelo, algunos encendieron sus pipas; Volodia arreglóse su cama de campaña en un ángulo, encendió una vela, tendióse en la cama y fumó un cigarrillo. Al rededor del blindaje se oían los cañonazos no interrumpidos, pero sordos, exceptuando el de un cañón cercano al blindaje que retumbaba como un trueno. Dentro del blindaje reinaba la calma; solamente los soldados, intimidados aun por el nuevo oficial, conversaban de cuando en cuando y se pedían entre ellos un poco de sitio ó fuego para la pipa. Una rata roía en alguna parte, entre las piedras, por lo cual Vlang que no estaba del todo repuesto del susto, miraba á su alrededor como un salvaje, y lanzaba grandes suspiros. Volodia, en su lecho, en el ángulo dejado libre por la gente y alumbrado por una sola bujía, gozaba de un sen-

timiento de bienestar que no había experimentado desde su infancia, cuando jugando al escondite se metía en el armario ó debajo del vestido de su madre para ocultarse, y allí sin respirar y sin miedo de las tinieblas gustaba de ese mismo placer... Sentía ahora también un suave cosquilleo en el corazón y una grande alegría al mismo tiempo.

XX

Al cabo de diez minutos, los soldados algo más animados, empezaron á charlar; los más graduados, dos artilleros, se acercaron á la luz y á la cama del oficial; uno de ellos era canoso, viejo, con todas las medallas y condecoraciones, salvo la cruz de San Jorge; el otro era joven, fumando uno tras otro los cigarrillos que iba haciendo. El tambor, como de costumbre, tomó á su cargo servir al oficial. Los encargados de las bombas y los de los caballos, estaban sentados cerca de los primeros, y un poco más lejos, cerca de la puerta y en la sombra estaban los servidores de la batería. La conversación empezó entre ellos, tomando por pretexto la entrada de un hombre que acababa de llegar al blindaje.

—Qué hay, hermano? No has tenido miedo de estarte hasta ahora en el camino... ó quizás las jovencitas no te divierten ya como antes?—dijo una voz.

—Oh! Cantan tan hermosas canciones como nunca en la ciudad se han oído iguales,—respondió riéndose el que acababa de llegar al blindaje.

—Ah! Vassine no ama ya las bombas! No, ya no las quiere!—dijo uno de los del grupo *aristócrata*.

—Qué! Cuando él lo hace, lo hace de otro modo,—dijo lentamente Vassine.—Cuando él habla, todos callan, que bien tira el veinticuatro! Decídme, qué mal hay en haber entrado aquí dentro? Si se muere por nada, los jefes no le darán las gracias á nuestro hermano.

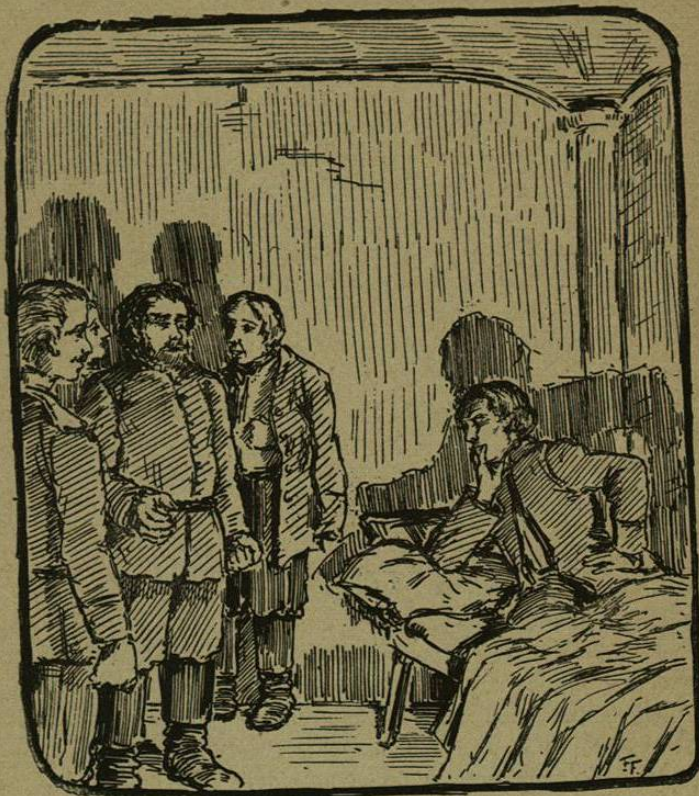
A estas palabras de Vassine todos se miraron y echaron á reír.

—Ved Melnikov, él siempre se queda fuera,—dijo uno de ellos.

—Traedlo acá, á este Melnikov!—exclamó el viejo artillero.—Pues, de otra manera puede morir inútilmente.

—Quién es Melnikov?—preguntó Volodia.

—Ah! Vuestra Nobleza, es un tonto, un bobo que no teme nada absolutamente, y que siempre está ahí fuera; miradle, parece un oso.



—Es que tiene en su poder un sortilegio,—añadió desde el otro lado la lenta voz de Vassine.

Melnikov entró en el blindaje. Era un hombre grueso, cosa rara entre los soldados, rojo, colorado, con una frente enorme, bombada y ojos saltones azul-claros.

—Y qué, no tienes tú miedo á las bombas?—preguntóle Volodia.

—Por qué he de tener miedo á las bombas?—contestó Melnikov rascándose.—Yo sé que no he de morir de una bomba.

—Entonces, querrás estar aquí?

—Sí, me gusta, es esto muy divertido,—contestó soltando la risa.

—Si no, te haré prender á la salida. Oh! y se lo diré al general...—dijo Volodia, aunque allí no había ningún general.

—Cómo, pues!... Ciertamente!... Yo veo...

Y Melnikov se ocultó detrás de los otros.

—Vaya, muchachos, juguemos á los naipes,—dijo uno.—Quién tiene cartas?

En el ángulo opuesto el juego principió bien pronto. Al cabo de un rato no se oían sino los papirotazos en la nariz, las grandes risotadas y las palabras propias de sus juegos.

Volodia bebió el té que le había preparado el tambor; les obsequió y conversó con ellos á fin de hacerse querer, muy contento y satisfecho del respeto que le habían demostrado. Los soldados también, al ver la sencillez de su jefe, desataron sus lenguas. Uno contaba que el sitio de Sebastopol pronto tendría fin, porque un marino muy bien enterado le había dicho que Constantino, hermano del Zar, venía á salvarlos con la flota «americana» y que muy pronto habría un armisticio de dos semanas, lo que les proporcionaría un buen descanso, y que si alguno tiraba mientras durase el armisticio pagaría setenta y cinco kopeks de multa por cada tiro.

Vassine, en quien Volodia ya se había fijado, era un hombre pequeño, con patillas, ojos grandes y dulces, y contaba entonces, en medio de un general silencio, si bien interrumpido por grandes risotadas, que á su llegada al pueblo, con licencia, había estado al principio muy bien; pero que después su padre le había enviado al trabajo y que durante ese tiempo, un día, el guardia forestal le había enviado á buscar á su mujer en un coche... Todo esto divertía á Volodia. No solamente ya no sentía ningún temor, sino que ni siquiera le incomodaba la estrechez ni el fuerte hedor del blindaje, al contrario, sentíase verdaderamente alegre y contento.

Muchos de los soldados roncaban ya; Vlang estaba tendido en el suelo y el viejo artillero, extendiendo su capote, hizo el signo de la cruz y rezó sus oraciones antes de dormirse. Volodia quiso salir del blindaje á mirar lo que pasaba en el patio.

—Retirad las piernas,—gritaron los soldados, así que él se levantó; y para dejarle paso todas las piernas se encogieron.

Vlang, que parecía dormir, levantó al momento la cabeza y asió á Volodia por la punta de la capa.

—Por Dios, no salgáis! Es eso posible?—dijo con tono resuelto y con lágrimas en los ojos.—Vos no sabéis aun lo que es eso. Allí fuera, las balas caen incesantemente; aquí se está mucho mejor.

Mas, á pesar de las súplicas de Vlang, Volodia salió del blindaje, y sentóse en el suelo, al lado de Melnikov.

El aire era puro y fresco fuera del blindaje; la noche, clara y estrellada... A través del retumbar de los cañones, oíase el ruido de las ruedas de las carretas de carga y las conversaciones de los hombres que trabajaban en el polvorín. Sobre la cabeza, el cielo estrellado, que surcaban sin cesar las bombas con sus mechas encendidas; á la izquierda, una mina de un metro conducía al otro blindaje, en el que se divisaban las piernas y las espaldas de los marinos que en él se alojaban y cuyas voces llegaban hasta allí; al frente veíase el montículo del polvorín, ante el cual pasaban y repasaban unos hombres encorvados, y sobre el montículo, bajo la lluvia de balas y bombas que silbaban sin cesar en aquel sitio, veíase una figura alta, con capote negro, las manos dentro de los bolsillos y apisonando la tierra que los demás le traían en sacos. A cada momento una bomba caía y estallaba siempre cerca del polvorín. Los soldados que trasladaban la tierra se inclinaban, desviábanse; pero la figura negra no se movía: continuaba apisonando la tierra con toda tranquilidad, siempre en la misma posición.

—Quién es ese hombre negro?—preguntó Volodia á Melnikov.

—No lo sé; voy á ver.

—No, no vayas; no hay necesidad.

Pero Melnikov, sin escucharle, se levantó, acercóse al hombre negro y después con la misma indiferencia volvióse al lado de Volodia.

—Es el jefe del polvorín, Vuestra Nobleza; una bomba ha abierto un agujero en el polvorín y los soldados lo recubren de tierra.

A cada momento las bombas caían más cerca de la puerta del blindaje, según le pareció á él, y entonces se fué al ángulo del mismo y de nuevo levantó la cabeza para mirar si también por allí caían balas. Apesar de que Vlang, desde el interior del blindaje, continuaba suplicándole que volviera á entrar, Volodia se estuvo cerca de tres horas sentado en el suelo, hallando un placer inmenso en desafiar la muerte y en observar la caída de las bombas. Al retirarse á descansar, ya sabía cuántos cañones tiraban y dónde caían los proyectiles.

XXI

El día siguiente, después de un sueño de diez horas, Volodia, fresco y bien dispuesto, salió de muy buen humor á la entrada del blindaje. Vlang también salía con él; pero al primer silbido de las balas se echó atrás á toda prisa, metiendo la cabeza dentro del blindaje, haciendo reír á cuántos soldados había por aquellos alrededores. Sólo Vlang, el viejo artillero y algún otro aparecieron muy raramente en la trinchera; á los demás nada pudo detenerles; todos salieron á respirar el aire fresco de la mañana, huyendo del blindaje, que apeataba, y á pesar de que el bombardeo era casi más fuerte que el día anterior, instalábanse tan pronto á la entrada como cerca del parapeto. Melnikov, al romper el alba, se paseaba ya por la batería, mirando á lo alto é indiferente á todo.

Cerca de la entrada estaban sentados dos viejos soldados y un joven con los cabellos ensortijados; un judío agregado á la infantería cogió una bala de las que estaban esparcidas por el suelo y la aplastó entre dos piedras, luego con su cuchillo la recortó en forma de cruz de San Jorge; los otros, dejándole hacer, continuaban hablando.

La cruz del judío quedó pronto terminada y muy bonita.

—Vaya! Si después de la paz aun nos quedamos algún tiempo aquí, nos darán á todos el retiro,—decía uno de ellos.

—Ciertamente, á mí sólo me restaban cuatro meses de servicio, y, ved, ya hace cinco meses que estoy en Sebastopol.

—Se dice que ya no se cuenta el tiempo para el retiro,—decía otro.

En este momento una bala de cañón silbó por encima de sus cabezas, yendo á caer á cosa de un metro de Melnikov, que se acercaba á ellos por la trinchera.

—Poco ha faltado para que matara á Melnikov,—dijo uno.

—Lo que es ésta no me matará,—respondió Melnikov.

—Toma, por tu valor,—le dijo el soldado judío que había cortado la cruz, entregándosela.

—No, querido, aquí un mes se cuenta por un año; hay sobre esto una orden especial,—continuó uno de los interlocutores.

—No diré lo contrario! Una vez hecha la paz, el Emperador seguramente nos pasará una revista en Varsovia, y si no nos da el retiro, á lo menos nos dará una licencia ilimitada.

Otra bala silbó por encima de sus cabezas, chocando en una piedra.

—Hay que guardarse un poco, pues, de lo contrario, antes de esta noche tendremos *licencia definitiva*,—dijo uno de los soldados.

Todos rieron la agudeza.

No solamente antes de la noche, sino que una hora después, dos de los que formaban el grupo tenían ya la *licencia definitiva*, cinco quedaban heridos y el resto... continuaba hablando con la misma indiferencia.

Por la mañana, en efecto, los dos morteros estaban ya reparados de modo que podían servir. A las diez, por orden del jefe del bastión, Volodia reunió su destacamento y con él partió hacia la batería.

Entre los soldados ya no se notaba ni sombra de aquel sentimiento miedoso que podía observarse en ellos el día anterior antes de empezar el servicio. Sólo Vlang no podía vencerlo; á cada momento se agachaba. Vassine había perdido algo de su aplomo; agitábase é inclinábase sin cesar, y en cuanto á Volodia estaba del todo entusiasmado, no se encogía ante el peligro; la alegría de cumplir con su deber y el creer que ya no era un cobarde sino todo un valiente, le alentaban, y además sentía sobre sí las miradas del comandante del bastión y la presencia de los veinte soldados que le contemplaban admirados, y todo esto influía en él para hacerle aparecer más bravo de lo que era; él mismo se admiraba de su valentía. Envaneciase delante de los soldados, montaba en la banqueta y desabrochábase expresamente el capote para que le vieran mejor. El jefe del bastión, que recorría en aquel momento su «explotación», como él decía, á pesar de la costumbre adquirida durante ocho meses de peligros de toda clase, no pudo menos de admirar á ese bello joven con su capote desabrochado, dejando ver una camisa roja sobre la cual destacaba el blanco cuello, muy limpio, y que con el rostro y los ojos inflamados palmoteaba gritando con su pequeña y sonora voz: «Primero! segundo!», subiendo cada vez encima del parapeto para ver en dónde había caído la bomba. A las once y media cesó el cañoneo de ambos lados y á las doce en punto empezó el asalto del mamelón de Malakov, y del segundo, tercero y quinto bastiones.

XXII

En ese lado de la bahía, entre Inkerman y las fortificaciones del norte, sobre el montículo del telégrafo, ya cerca el mediodía, estaban dos hombres; el uno, un oficial, miraba hacia Sebastopol con un anteojo; el otro, un cosaco, acababa de llegar á escape.

El sol, claro y alto, dejaba caer sobre la bahía y sobre los bajeles y canoas sus rayos encendidos y ardientes, enrojeciendo sus móviles velas. Un viento ligero balanceaba apenas las ramas de los robles achaparrados cerca del telégrafo, hinchaba las velas de las barcas y rizaba las olas. Sebastopol aparecía siempre el mismo, con su iglesia inacabada, su gran columna, su muelle y su paseo verdeante sobre la colina; la elegante construcción de la Biblioteca, sus pequeñas bahías azules llenas de mástiles, los arcos pintorescos de los acueductos y las humaredas azuladas de la pólvora iluminadas por las llamas rojas de los cañonazos. Sebastopol siempre era el mismo: la hermosa ciudad alegre, rodeada, de un lado, de montañas amarillentas y azul-grisáceas, y del otro, por la mar azulada, que brillando al sol divisábase bella y moviente hacia el otro lado de la bahía. En el horizonte, mar adentro, en donde se veía un gran buque, asomaban anchas nubes blancas, precursoras del viento. Por toda la línea de las fortificaciones, sobre todo en las montañas del lado izquierdo, veíanse los penachos de humo espeso, blanco, sin cesar alumbrado por el cañoneo, cuyas ilamas parecían aun más intensas con el sol del mediodía. Estos penachos se alargaban tomando diversas formas, se elevaban hacia el cielo en espirales oscuras, mostrándose tan pronto aquí como allá, sobre las montañas, sobre las baterías del enemigo, dentro de la ciudad, en lo más alto del cielo. El cañoneo no cesaba ni un instante, haciendo retemblar el aire...

Hacia el mediodía las humaredas se hicieron más raras, el aire ya no vibraba á los cañonazos.

—Pero, el segundo bastión ya no responde,—dijo el oficial de húsares que estaba á caballo.—Todo está destrozado! Esto es horrible!

—Y Malakov también, me parece que á cada tres cañonazos so-

lamente ha respondido con uno,—añadió el que observaba con el anteojo.—Y esto me pone furioso! Por qué se callan? Ved, tiran ya directamente sobre la batería de Kornilov y ésta ni siquiera responde!

—Óyeme... te digo que hacia el mediodía cesa siempre el bombardeo, y por lo tanto hoy será lo mismo... Vamos, pues, á almorzar... Nada nos queda ya que hacer aquí... Ni hay nada que pueda importarnos.

—Espera, no me interrumpas!—respondió el que observaba con el anteojo, mirando á Sebastopol con una obstinación singular.

—Qué hay, pues, allá abajo? Dime, qué hay?

—Un gran movimiento dentro de las trincheras. Grandes columnas avanzan...

—Yo también lo veo. Marchan en columnas. Es necesario hacer una señal.

—Mira! Mira! Han salido ya de las trincheras.

En efecto, á simple vista veíanse unas manchas negras salir de las baterías francesas y descender de la montaña, por dentro del barranco en la dirección de los bastiones. Avanzando siempre esas manchas, distinguíanse ya las negruzcas líneas muy cerca de nuestras posiciones. En el bastión, en diversos puntos, inflamábanse las humaredas blancas de los cañonazos. El viento traía el estruendo repetido de la fusilería, como si la lluvia golpeará sobre los cristales. Las manchas negras avanzaban cada vez más, envueltas en la humareda. Los disparos de la fusilería eran cada vez más frecuentes y confundíanse en un rumor sordo y prolongado. El humo cada vez más espeso, dispersábase rápidamente por toda la línea y al fin confundíase en un nubarrón azul, que por uno y otro lado iluminaban los fogonazos de los dos ejércitos.

—El asalto!—gritó el oficial, con la palidez en el rostro y entregando el anteojo á su compañero.

Los cosacos galopaban por la carretera, y los oficiales á caballo y los generales en coche, seguidos de sus escoltas, pasaban delante. Sobre cada rostro leíase una angustia terrible y la atención más obsesionante.

—Pero, no es posible que lo hayan tomado!—dijo el oficial que estaba á caballo.

—Dios! La bandera! Mira! Mira!—dijo el otro, sofocadísimo y entregándole el anteojo.—La bandera francesa ondea en Malakov!

—Es imposible!

XXIII

El primogénito de los Kozeltkov que, durante la noche, había tenido suerte en ganar, acabó por perderlo todo, hasta las monedas de oro cosidas en su vestido, y dormía aun por la mañana con sueño agitado, pero fuerte, en el cuartel del quinto bastión, cuando estalló el grito fatal, repetido por miles de voces:

—Al arma!

—Cómo, dormís aun, Mikhail Seminovitch? El asalto!—gritó una voz.

—Será un bromazo,—respondió abriendo los ojos.—Es imposible!

Pero, pronto vió que todos, sin objeto determinado, corrían de un lado á otro con la palidez en el rostro, de modo que enseguida comprendió lo que pasaba. La idea de que pudieran tomarle por un cobarde que se excusa de salir con su compañía en el momento crítico, le hizo sufrir horriblemente. Corriendo fuese hacia la compañía. El cañoneo había cesado, pero la fusilería estaba en su apogeo. Las balas no silbaban aisladamente como el día anterior, sino que á enjambres, como bandadas de pájaros de verano, volaban por encima de sus cabezas. Todo el espacio en donde el día anterior se encontraba su batallón, estaba cubierto de humo. Oíanse grandes gritos aislados y exclamaciones... Los soldados heridos y no heridos se hallaban revueltos en completa confusión. A los treinta pasos distinguió á su compañía que se apiñaba cerca de los muros.

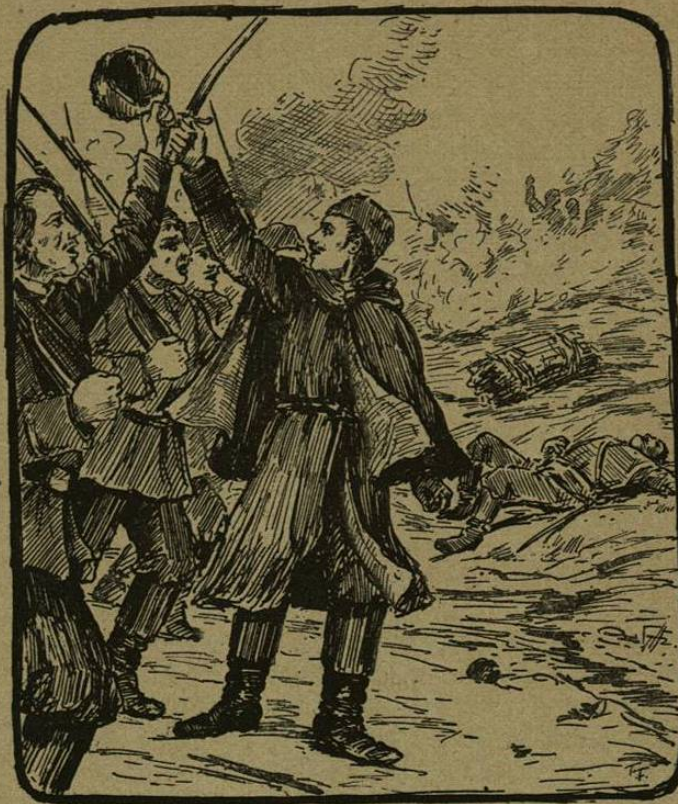
—La batería de Schwartz está tomada,—le dijo el joven oficial.

—Todo está perdido.

—Mentira!—gritó Kozeltkov con cólera, y tirando de su pequeño sable, gritó:—Adelante, muchachos, hurra!

La voz salió de sus labios sonora y fuerte, y ella excitó al mismo Kozeltkov; corrió á lo largo del parapeto, cincuenta soldados le seguían gritando; salieron del parapeto á campo raso, las balas caían literalmente como granizo, dos de ellas chocaron con su cuerpo... Pero habían penetrado en sus carnes, le habían contusionado solamente, estaba herido?... Faltaba tiempo para darse cuen-

ta de ello. En frente, envueltos en el humo, percibíanse ya los uniformes azules y los pantalones rojos y oíanse gritos pronunciados en una lengua que no era la rusa. Un francés, ya encima del parapeto, agitaba su espada gritando algo que no se entendía. Kozeltkov estaba persuadido de que allí moriría y esto le daba precisa-



mente valor. Y corría, sin cesar avanzando, avanzando. Algunos soldados se le adelantaron, otros se detenían á su lado corriendo con él. Los uniformes azules estaban siempre á igual distancia, pues los soldados franceses se volvían corriendo hacia sus trincheras... Sus pies al correr tropezaban con los muertos y los heridos... Llegado ya cerca del foso exterior todo se confunde ante la vista de Kozeltkov y de pronto siente un dolor vivísimo en el vientre...

Media hora después, estaba encima de una camilla cerca de los cuarteles de Nicolás. Sentíase herido, pero apenas le dolía, deseaba solamente beber mucha agua fría y acostarse en otro lecho más cómodamente.

El doctor, pequeño, grueso, con grandes patillas negras, se le acercó y desabrochó el capote. Kozeltkov miró por debajo de su barba lo que hacía el doctor en su herida, pero no sintió que le produjera dolor alguno. El médico encubrió la herida, enjugó sus dedos con el extremo de su capote y sin decir una palabra, sin mirar al herido, alejóse hacia otra camilla.

Kozeltkov, inconscientemente, fué siguiendo con la mirada todo lo que se hacía ante él, y acordándose de lo que había ocurrido en el quinto bastión, con el sentimiento consolador de la propia satisfacción, pensó que había cumplido con su deber y que por la primera vez, desde su entrada al servicio, no tenía nada que reprocharse. El médico, al pasar á otro oficial herido, dijo algo á un sacerdote con una grande barba rubia que se encontraba allí con una cruz en la mano, la cual mostró á Kozeltkov mientras se acercaba á su camilla.

—Es que voy á morir?—preguntó éste al sacerdote cuando estuvo á su lado.

El sacerdote, sin responderle, leyó las plegarias de los difuntos y tendió su cruz al herido.

La muerte no asustó á Kozeltkov. Con sus débiles manos cogió la cruz, la apretó contra sus labios y echóse á llorar.

—Los franceses han sido rechazados?—preguntó después al sacerdote.

—La victoria ha sido completa en toda la línea,—respondió el sacerdote, dispuesto á consolar al herido.—Hasta en el mamelón de Malakov donde ha flotado un punto la bandera francesa.

—Que Dios sea loado!—murmuró Kozeltkov, casi sin sentir las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El recuerdo de su hermano atravesó por un momento su cerebro. «Que Dios le envíe la misma felicidad que á mí!», exclamó.

XXIV

Pero otra suerte esperaba á Volodia. Estaba escuchando un cuento que narraba Vassine, cuando de súbito estalló el grito: «Los franceses avanzan!» La sangre afluyó al corazón de Volodia, un escalofrío intenso recorrió su cuerpo é hizo palidecer sus mejillas. Durante un segundo quedóse inmóvil, pero al mirar á su alrededor vió que sus soldados se abrochaban los capotes con toda cachaza, saliendo uno detrás de otro. Todos menos Melnikov se mantenían callados, cuando éste chanceándose exclamó:

—Entonces, muchachos, recibámosles con el pan y la sal en la mano.

Volodia y Vlang, que seguía siempre sus pasos, salieron del blindaje y corrieron á la batería. La artillería no tiraba ya ni de un lado ni de otro.

No era por cierto el aspecto de tranquilidad que ofrecían los soldados, sino la cobardía miserable y no disimulada del *junker* lo que excitaba á Volodia. «Podré quizás yo parecermele?» pensaba, y corrió vivamente hacia el parapeto junto al cual se hallaba el mortero. Vió muy bien como los franceses corrían directamente hacia el sitio donde él estaba por un camino descubierto y en gran muchedumbre... las bayonetas, brillando al sol, se agitaban ya dentro de las trincheras más cercanas. Un francés, bajo, de anchas espaldas, con uniforme de zuavo, la espada al aire, corría delante, saltando del uno al otro foso. «Tirad con metralla», gritó Volodia, bajando de la banquetá; pero los soldados ya lo hacían sin esperar su orden. Un ruido metálico de metralla silbó por encima de su cabeza, tan pronto de uno como del otro mortero. «Primero! segundo!», gritaba Volodia corriendo de un mortero al otro, olvidado por completo del peligro. Del otro lado oíanse los seguidos disparos de los fusiles y grandes voces precipitadas.

De pronto un grito muy agudo, penetrante, desesperado, repetido por muchas bocas, se extendió por la izquierda: «Vienen por detrás! Vienen por la retaguardia!» Volodia volvióse al oír ese grito. Una veintena de franceses habían aparecido por detrás de la bate-